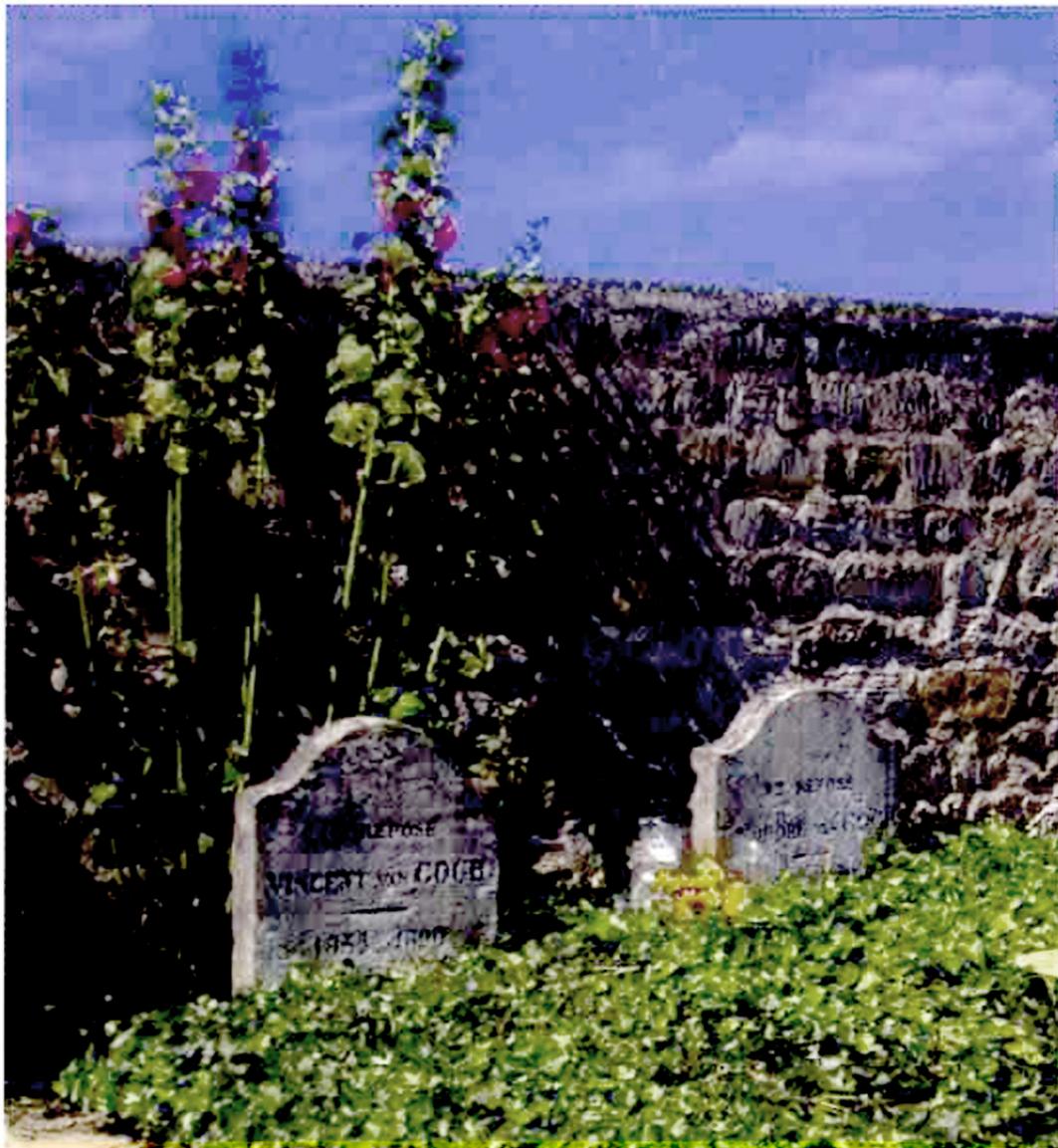


colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

El azul de Van Gogh

David Martín del Campo





David Martín del Campo nació en la ciudad de México en 1952. Es egresado de la carrera de comunicación en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y cursó estudios en el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos (CUEC). Ha ejercido el periodismo en distintos medios (*unomásuno*, *La Jornada*, *Reforma*) y fue corresponsal en Madrid.

Ha publicado más de 30 libros, entre ellos las siguientes novelas: *Isla de lobos*, 1987; *Dama de noche*, 1990; *Alas de Ángel* (Premio Internacional Diana de Novela 1990); *El año del fuego* (Premio Monterrey de Literatura 1996); *Cielito lindo*, 2000; *Después de muertos*, 2003; *Mátalo*, 2007 y en 2008 el volumen *Duerme conmigo*, que reúne tres novelas breves. En 2007 publicó un libro de cuentos: *Perro dog*. Ha incursionado también en la literatura infantil: *El tlacuache lunático y otros cuentos*, 1993; *Lú*, 1996, y *El hombre del Iztac* (Premio Juan de la Cabada de Literatura Infantil 1997). Asimismo, ha publicado libros de crónica, ensayo y biografía. Desde 1993 colabora en el diario *Reforma* (sección Cultura) con su columna "Entre paréntesis". Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

El síndrome de Gauguin

I

¿Qué fue primero, el novelista o el periodista? David Martín del Campo (1952) ejerce ambos oficios con la soltura del que se sabe destinado a plasmar en letras los mundos imaginario y real que nos acongojan, nos deleitan, nos rodean.

Salvador Novo afirmaba que “no se puede alternar el santo ministerio de la maternidad, que es la literatura, con el ejercicio de la prostitución que es el periodismo”. Y agregaba, con su acostumbrada sorna, que este último era siempre como acertar en el blanco: “después de permanecer cuatro o cinco horas diarias culiatornillado frente a la máquina tecleando idioteces para ganarse el pan cotidiano, ya no le queda a uno humor ni para escribirle recaditos a la mujer amada”.

Ese desprecio a la actividad periodística, que aparta de la verdadera obra posible, la de los grandes vuelos literarios —tal y como Cyril Connolly lo estipulara también en *La tumba sin sosiego*—, ha perseguido por supuesto a David Martín del Campo pero no le ha impedido ejercer su oficio de escritor devoto (“culiatornillado”, diría Novo) tanto a la novela como al texto propio de las lides periodísticas.

Él pertenece a una generación donde el trabajo del periodista busca profesionalizarse. Ingresa en 1971 a la recién creada carrera de periodismo y comunicación colectiva en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). ¿Qué habrán pensado Pepe Alvarado, Carlos Denegri, Renato Leduc, José Revueltas,

el Güero Téllez, Enrique Loubet Jr., Vicente Leñero? Antes, los periodistas eran autodidactas, se hacían en la brega cotidiana y en las cantinas. En la persecución de la primera plana, como Luis Spota. Ahora, los nuevos periodistas se forman en salones de clases. ¡Licenciados en periodismo! ¡Habrase visto! Son los tiempos de Umberto Eco y sus *Apocalípticos e integrados*, de Mattelart y su *Para leer al Pato Donald*, de Marta Harnecker y *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, de Roland Barthes, de Marshall McLuhan y de Michel Foucault. La llegada de lo popular como parte de la alta cultura, lo *highbrow* en oposición a lo *lowbrow*. La crítica a los medios de comunicación también alcanzó a las viejas formas de escribir periodismo. Se lee a Capote, a Mailer, a Wolfe. Se contempla a la literatura y a lo periodístico como un todo indisoluble. Si quieres reportear, aprende de Faulkner, de Hemingway, de John Dos Passos, de José Agustín, de Carlos Fuentes, de Gabo y de Cortázar. ¡Ah, y no olvides a Vargas Llosa! Ficción y realidad se entremezclan sin las limitaciones de antaño. La vieja rivalidad entre lo subjetivo de la novela y lo objetivo de la actividad periodística desaparece para libertad del reportero-escritor y beneficio de sus lectores. Se trata, además, de una época donde el periodismo tradicional se cuestiona y se rebasa. El 68, tan a la vuelta de la esquina, trajo sus consecuencias periodísticas en forma de rebeldía, crítica y ruptura.

El golpe del presidente Luis Echeverría a *Excélsior* se da en 1976, el mismo año de publicación de *Las rojas son las carreteras*. El joven David Martín del Campo, orgullosamente autor de una primera novela —a los 23 años, escrita en la Universidad de California (UCLA) y publicada ni más ni menos que en Joaquín Mortiz—, se declara de manera legítima escritor. Es el nuevo *beatle* (así lo muestran las fotos de esa época) y *enfant terrible* de las letras, la joven promesa de la literatura mexicana. Desde entonces es uno de los narradores que con mayor vehemencia, talento y disciplina persigue ese viejo sueño convertido en palabras: la novela.

Pero, a diferencia de otros escritores, David Martín del Campo no desdeñó ni hizo a un lado el periodismo. El mismo

año de aparición de *Las rojas son las carreteras* (novela que, por cierto, iba a titularse *Los hijos de la Condesa*) ya colaboraba con entrevistas, reseñas y reportajes en *Revista de Revistas* (que dirigía Vicente Leñero y donde publica, entre otros, un texto sobre el cine de ocho milímetros en México), *Los Universitarios* (sobresale una nota acerca de la muerte de José Revueltas), *Sucesos*, *Revista Siete* (de Gustavo Sáinz) y en *Ovaciones* (donde tenía una columna). Para 1977, a invitación de Fernando Belmont, en ese momento uno de sus más cercanos compañeros de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, se entrevista con Manuel Becerra Acosta, uno de los expulsados de *Excélsior* y flamante director del recién creado periódico *unomásuno*.

—¿Y usted qué ha hecho?

“¿Qué no le dijeron que soy bueno para la fotografía?”, piensa Martín del Campo, y con timidez le extiende su reciente novela, que lleva bajo el brazo. (La fotografía es otra de sus pasiones, por cierto. El cine y la pintura también lo atraen. Estudió en el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos (CUEC) y aprendió a pintar de manera autodidacta, primero, y con Mauricio Gómez Morín, después. Algunas de las portadas de sus libros son de su propia factura. “Ahí está el pintor que no soy y que me hubiera gustado ser.”)

—Así que novelista, ¿eh? —comenta Becerra Acosta al hojear el libro, sorprendido por la precocidad de ese muchacho de 25 años.

David Martín del Campo asiente.

—Entonces será reportero, pues —le dice Becerra Acosta, y un año después, Martín del Campo estará enviando una serie de reportajes desde el frente de guerra en el Magreb, donde el Frente Polisario intenta establecer la República Árabe Saharaui.

Para el 14 de noviembre de 1977, fecha de arranque del diario, el escritor-reportero inicia su verdadera educación periodística en la mesa de redacción, con las órdenes de trabajo, las horas de cierre, los cuadratines y las líneas ágata, el mal humor de los jefes, las cuartillas de tantos golpes por tantas líneas, las entrevistas de banqueta, las cantinas, el cigarro tras cigarro y las fuentes a su cargo.

unomásuno fue, en su momento, un verdadero parteaguas del periodismo nacional. Igual ocurrió con la revista *Proceso*: ambos fueron los grandes proyectos periodísticos emanados de la escisión de *Excélsior*. Se cometían exageraciones (como castellanizar palabras: *whiskey-güisqui*, *jeep-yip*; o incluir croniquitas artificiales junto con verdaderas crónicas de maestro y de vanguardia como las de Ramón Márquez y José Joaquín Blanco, por ejemplo). Sin embargo, se ejerció un nuevo tipo de actividad periodística, más en libertad, menos atada a las verdades oficiales o a la corrección verbal tipo manual de urbanidades (la aparición, sin sobresaltos, del lenguaje popular y de las malas palabras). *unomásuno*, ha dicho Monsiváis, fue una aportación básica a la sociedad que se organiza. Con todo y sus defectos, fue un “adecuado resumen de las vanguardias políticas y culturales” de su época.

El novedoso diario representó una “escuela de periodismo”, tanto para quienes lo ejercían desde adentro como para quienes lo solicitaban en los expendios. Había que leer *lo que había que leer*. La Verdad. La Neta. O lo que eso signifique en el diarismo nacional, tan ejemplificado en aquella frase de Héctor Aguilar Camín que tanto me gusta repetir: “La prensa no se vende. Se alquila”.

En *unomásuno* David Martín del Campo fue uno de esos “cómplices pendencieros”, como llama Marco Aurelio Carballo —primer jefe de información del novedoso rotativo— a esa generación de periodistas que transformaron “la manera de concebir la prensa mexicana en el último cuarto del siglo xx”.

Desde “la infantería”, como el propio Martín del Campo nombra a ese trajinar por los recovecos cotidianos de lo periodístico, lo mismo fue castigado tres días sin derecho a pago por el exceso de escribir un *budget* en inglés, que honrado con la comisión de reportear desde la sierra de Guerrero el último rastro de la guerrilla de Lucio Cabañas. Al poco tiempo fue nombrado corresponsal en Madrid, desde donde envió durante dos años entrevistas, crónicas y reportajes.

Pero el escritor permanecía agazapado bajo la dura piel del periodista. Reporteaba y escribía novelas. Algunas las tiró

por malas (“el mejor sitio para ellas era la basura”) y otras las publicó. *Esta tierra del amor* (1982) la concibió, precisamente, en Madrid. No podía ser de otra manera. Su segunda novela, tan mexicana y tan chilanga, sólo podía ser escrita mediante la inspiración de la nostalgia y la distancia.

Sostengo que un gran número de sus novelas y cuentos han sido, primero, asideros de lo periodístico. De su labor de reportero, de su curiosidad por saber, por preguntar; de la personalidad de sus entrevistados; de los ambientes y las geografías, de su olfato de periodista por la buena historia, surgen de inmediato los atisbos y concreciones de una trama, de un personaje, de una nueva incursión literaria.

Él mismo lo ha dicho en alguna entrevista: “Una buena corrida de toros, una muchacha preciosa, una tormenta eléctrica, todo se convierte, automáticamente, en ‘tema’ previsible de un nuevo libro. No podemos mirar el mundo con la frescura de antaño. Todo es, potencialmente, escenografía o inspiración”.

Su novela *Isla de lobos* (1987), con la que gana el Premio INBA-José Rubén Romero, surge en 1979, “cuando me tocó hacer un reportaje sobre un paro camaronero en Mazatlán. Tuve la posibilidad de hablar con los pescadores y con los demás involucrados en aquel conflicto, y de esas charlas en cantinas surgiría, luego, la novela”. De esa brega nacerían personajes dispares, como el farero. “El hombre existió —respondió David Martín del Campo a una de mis preguntas en una entrevista 20 años atrás—¹ y me proporcionó una frase que desarrollé en *Isla de lobos*. Me dijo: ‘si me mandan de guardafaros a la isla, no podré recibir a mi mujer’. Una de esas frases que para otros pueden pasar inadvertidas pero que para mí fue clave para concebir la novela.”

“Hay que tener buen oído”, como aconsejaba Ricardo Garibay a todo aquel que quisiera dedicarse al periodismo o a la literatura.

¹ Mauricio Carrera, “David Martín del Campo: los novelistas, seductores profesionales”, en *Las de cajón y otras preguntas*, México, Universidad Pedagógica Nacional (Los Cuadernos del Acordeón, 20), 1985, p. 53.

Para 1987 publica un libro fundamental en su trabajo periodístico y literario; me refiero a *Los mares de México, crónicas de la tercera frontera*. Una "crónica extraordinaria", la llama Christopher Domínguez Michael en su *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*.

Más que crónicas, sin embargo, se trata de reportajes. Son textos objetivos más que personales, estructurados en grandes temas como la pesca, las islas, los puertos, el turismo playero, la población dedicada al mar y la poesía mexicana con tema marino. Desde Clipperton o Isla de la Pasión hasta las ballenas de Baja California, pasando por la "marcha hacia el mar" del presidente Ruiz Cortines, los huracanes que han azotado México y la naciente explotación petrolera en la plataforma continental. David Martín del Campo recorrió todos los litorales como parte de su investigación. Tomó cientos de fotografías y entrevistó a todo aquel que le pudiera ayudar en su trabajo: capitanes de puerto, pescadores, académicos, meseros, petroleros y tripulantes de buques mercantes. Año y medio le llevó hacer este recorrido. Habría que admirar su tenacidad para subirse a camiones y pangas, para convivir con el salitre y el yodo, para recorrer muelles, buscar las mejores entrevistas y llenarse de arena los zapatos, así como su muy natural curiosidad, que lo mismo lo llevó a todos los puertos de México que a recorrer bibliotecas en busca de datos. El resultado: un gran reportaje sobre un tema casi inédito en el periodismo nacional, un libro indispensable para todo aquel que quiera acercarse al estudio o conocimiento de nuestra historia y riquezas marinas. Una cuenta saldada con otra de sus pasiones: el mar (obsesión que tiene origen en su padre, el ingeniero Enrique Martín del Campo, quien durante años se desempeñó como intendente de obras en la Secretaría de Marina).

—Quizá los libros que escribo son los que él no pudo escribir o los que le hubiera gustado leer —ha dicho el propio David Martín del Campo.

Los mares de México fue su escape a lo Hemingway o a lo Joseph Conrad. Al igual que Úrsulo Moncayo, el pintor protagonista de *Isla de lobos*, se dejó llevar por el síndrome de Gauguin, que

consiste en salir de la comodidad cotidiana para irse en pos de la aventura. Además, este libro no sólo es un gran reportaje, sino el origen de muchas de sus narraciones literarias.

El germen de *Dama de noche*, por ejemplo, se encuentra en una conversación escuchada en Zihuatanejo. Un niño lo dijo: “Los marineros griegos son muy malos”, y de esa frase David Martín del Campo construye toda una novela (que, dicho sea de paso, en un principio iba a ser un cuento de título más que significativo: “Y si te vas con los pescadores...”).

Dama de noche, por cierto, abre con un cuestionamiento: “¿Sigue allí el mar?” De alguna manera, desde *Las rojas son las carreteras* hasta *El día que murió Freud* (2010), su más reciente novela, pasando por *Los mares de México* (1987) y *De puertos, barcos y trenes* (2008), toda su obra se dirige a responder de manera afirmativa esa pregunta.

Lo vemos en *Mátalo* (2006), esas tres historias hermanadas por la violencia y el mar (la playa de Bagdad en Tamaulipas), la sensación casi mística del contacto con una ballena y la sombra omnipotente de Melville y *Moby Dick*. El periodista se nutre del escritor y el escritor del periodista. Esto lo vemos también en *Quemar los pozos* (1990), *1943 / El año del fuego* (1996), *Cielito lindo* (2000) y *Después de muertos* (2003). Hay, en todas estas novelas, una vocación de índole periodística que decanta en lo literario; el reportaje agrandado por la novela, el olfato del periodista nato con la disciplina del novelista de cepa. La gesta petrolera de 1938, la erupción del volcán Parícutín, el Escuadrón 201 combatiendo en Filipinas, la peregrinación del *wirikuta* huichol, son los asideros de un periodismo que se transforma en imaginación y talento, en el arte de contar para encantar.

II

unomásuno terminó siendo una maleta llena de dólares y un recuerdo magnífico de buen periodismo que termina en la alcantarilla del poder y las pasiones. David Martín del Campo

emigró a *La Jornada*, de donde salió decepcionado para dedicarse a investigar y escribir *Los mares de México* y dirigir un esfuerzo notable de rescate y elaboración periodística: *Memoria de papel*. En 1993 recibió una invitación para colaborar en el naciente periódico *Reforma*.

Los textos de este libro provienen, precisamente, de la columna que publica cada semana en ese periódico, de título "Entre paréntesis", en la sección "Cultura".

Se trata, por supuesto, de un rescate. El rescate de lo efímero, de lo disperso, de lo intangible, de lo ya pasado, que caracteriza al ejercicio de esa prostitución (otra vez Novo) que es el periodismo. ¿Qué es el periodismo? Aventuro una respuesta: es la literatura que uno hace para comer y beber. La que se destina a un fin inmediato. Las novelas permanecen, pero no proporcionan la supervivencia económica; lo periodístico es perecedero, pero da para las cubas y los cigarros. Lo fugitivo de su condición es su destino y condena. Lo pregunta con exactitud y sabiduría popular una canción, a ritmo de salsa: "¿Y para qué leer un periódico de ayer?" En efecto, desde las primeras planas hasta el aviso oportuno, pasando por las secciones deportivas y culturales, el destino de cucurucho, de barquito de papel, de limpia-vidrios, de envoltura de bisteces, de amortiguador en huacales llenos de frutas o de papel de baño, persigue al ejercicio periodístico. Las leyendas permanecen — Denegri, Pagés Llergo, Blanco Moheno, Pepe Alvarado, Fernando Benítez, Spota, Scherer, Poniatowska, Leñero— pero no sus textos, a no ser en la hemeroteca o en libros que los rescaten de lo fugaz y, finalmente, de esa forma de muerte que es el olvido.

"Ensayos", denomina David Martín del Campo a los textos ahora reunidos en el presente volumen. Me agrada el término. Inventado por Montaigne, su propósito es tratar o intentar (*essayer*) el entendimiento de la realidad. Es lo que hacen los periodistas y escritores. Los primeros de manera inmediata y los segundos con más requerimientos de tiempo. Lo diario, lo cotidiano, lo perecedero que permanece, es lo que encontramos aquí. Son las reflexiones de su autor sobre el acontecer de la vida

tal cual ocurre. No aborda las noticias de primera plana — eso se lo deja a los miles de columnistas políticos que hoy pueblan las páginas de los periódicos— sino sucesos, objetos y personajes revestidos de cierta actualidad, que le permiten reflexionar acerca de aquello que nos marca como seres humanos y, muy en particular, como mexicanos.

El “vochito”, el *brassière*, la bandera nacional, la inefable X, las *barbies*, los ositos de peluche y los perros callejeros; lo mismo que sus semblanzas de Juan de la Cabada (“narrador de una obra desbalagada”), Lady Di (“la hemos matado nosotros, todos nosotros”), Rufino Tamayo (y “su discreto coraje”), Ringo Star (“¿no será que nos estamos haciendo viejos todos?”), Mario Moya Palencia (“entre el escritor y el presidenciable”) y la crónica de sus viajes mundiales y provinciales son el pretexto para el diálogo, para establecer conexiones, para reflexionar acerca de lo que fuimos o no fuimos. De lo que somos.

¿Qué somos? Referencias literarias, cinematográficas, musicales. En una palabra, cultura. A final de cuentas estos textos, que su autor ha reunido bajo el título de *El azul de Van Gogh*, son trivia disfrazada, goce por las minucias del lenguaje, por la conversación entre amigos, por la admiración al genio; son lecturas e idas al cine, tardes perdidas escuchando discos, la nostalgia de un rayo de sol de la infancia; son *El tesoro de la juventud* y la Wikipedia, el respeto a los que han sido nuestros maestros, el amor por el detalle y el asombro ante la vida.

El estilo periodístico de David Martín del Campo es el de la curiosidad satisfecha con una prosa intachable, culta y juguetona. No es un humorista y, sin embargo, como Jorge Ibarguengoitia, se atreve a mostrar sentido del humor en todos y cada uno de sus textos, en un país donde lo intelectual es sinónimo de solemnidad. Una vez le preguntaron: “¿Por qué escribes?”, y él respondió: “Porque ha sido el modo menos complicado de acercarme a la felicidad”. Esta felicidad está presente en *El azul de Van Gogh*. Lo está de un modo carnavalesco, bajtiniano, donde la celebración de la vida convertida en sonrisa es señal de crítica, inteligencia, rebeldía.

En estos textos habita, además, el ya mencionado síndrome de Gauguin, pues Martín del Campo (novelista y periodista) nos sitúa, como buen escritor, en otros tiempos, en otras geografías, en otras vidas. Nos saca de nuestra molicie y cotidianidad, y nos transporta, si no a los mares del Sur de Paul Gauguin, sí hasta el Quanza, el barco portugués en el que arribó a México don Joaquín Díez-Canedo; o a Mazatlán, para conocer a José Luis Enamorado y sus fotografías de muchachas en bikini; o al río Coatzacoalcos y su encuentro con Gabriel García Márquez (aunque no el novelista) en una “escena que pareciera arrancada de alguna de las páginas de Joseph Conrad”. Lo he dicho siempre: la literatura nos permite vivir otras vidas. Y eso mismo se encuentra aquí. El síndrome de Gauguin que nos permite abrir las páginas del periódico, y ahora de este libro, y fugarnos... lo mismo al recordar a Ricardo Garibay (“majadero, prepotente, huraño, amargado, violento”), que al cantar el pegajoso estribillo de Mike Laure: “Tiburón, tiburón, tiburón a la vista... bañista”. Lo mismo al tomar el tren hacia Auvers-sur-Oise, donde Van Gogh pintó sus últimos 79 cuadros en el verano de 1890, que al serenar el calor de La Habana con una cerveza Hatuey (“que tiene un gustillo medio atepachado”), o que al llegar hasta el fin del mundo en el mítico Finisterre, donde concluye el Camino de Santiago.

Afirma Vicente Leñero que David Martín del Campo “se significa, sobre todo, por esa habilidad, esa destreza —en nuestro medio asombroso— para contar historias que se leen de un sopetón”. Si eso es realidad en sus cuentos y novelas, lo es más aún en estos “ensayos” periodísticos. Es la cotidianidad olfateada y retratada hábilmente por el periodista. Es lo que permanece. Es lo que agradecemos de su intuitiva y deliciosa pluma de novelista.

Mauricio Carrera

Que todo es polvo, que todo duele

¿Qué se puede considerar ante la tumba de Vincent van Gogh? El desconsolado pintor se había exiliado en la apacible villa de Auvers-sur-Oise, a una hora de París, huyendo del tráfico urbano que tanto lo perturbaba. Ahí fue donde el genio holandés concluyó su arte y sus días en el verano de 1890, legándonos esa paleta de azules inconmensurables que revelan mucho de su melancolía.

Amparado por ese espíritu, el presente libro conjunta una selección de 100 textos periodísticos escritos a lo largo de tres lustros. En estos breves ensayos el lector podrá compartir viajes y meditaciones de muy diversos asuntos y personajes que han nutrido buena parte de la vida cultural mexicana (cualquier cosa que eso pueda significar) en la inflexión temporal de los siglos XX y XXI.

Los odiadores de la navidad, el joven Octavio Paz viajando en tranvía, la selva inexorable que envuelve a Yaxchilán, el rastro del pirata Drake en la apacible Campeche, el adiós a la princesa Diana y a Margaux Hemingway, la extinción del lobo mexicano, la figura del editor Joaquín Díez-Canedo, las sandías de Tamayo, los gatos que merodean la casa de William Faulkner en la vieja Nueva Orleans. Esos y otros asuntos análogos son los que habitan las páginas de este volumen que es, a un tiempo, crónica de los años de la transición mexicana, homenaje a la sensibilidad (*weltanschauung*) de una generación, monumento en papel a un oficio que se extingue —día tras día— con el tiro de cada edición lanzada por las rotativas.

Homenaje, decía, a los recuentos y las reflexiones, a las miradas y los momentos inspirados que nos han legado escritores-periodistas como José Alvarado, Renato Leduc, Fernando Benítez, Vicente Leñero, Elena Poniatowska, Jorge Ibar güengoitia, María Luisa Mendoza, Ricardo Garibay, Guillermo Ochoa, Enrique Loubet Jr. Una generación deslumbrante que no respetó (no quiso respetar) las vallas que los académicos pretendían establecer entre los territorios del "periodismo" y la "literatura".

Durante más de 15 años, estos artículos aparecieron en la columna "Entre paréntesis" (los días martes) en el diario *Reforma*. El lector sabrá perdonar las referencias del momento y los "guiños noticiosos" que naturalmente contaminan todo escrito sancionado por la actualidad. Resulta pertinente asentar, en última instancia, que estos modestos artículos buscan sólo el rescate temporal, aunque improbable, de lo inasible. Que quede lo que quede y que el viento se lleve el polvo que no supo ganar la gracia (incierta) de lo indeleble.

Así que, por favor, no distraigamos más al linotipista.

David Martín del Campo

COSAS DE LA VIDA

López Sáenz, las marinerías de Antonio

Eran los años difíciles del comienzo. Rodolfo Morales, entonces profesor en la Escuela de Artes Plásticas, recomendaba a su compañero de academia: "Solamente podrás tener éxito si le eres fiel a tus días de infancia, a tus recuerdos, a tus primeras impresiones". Ahora Antonio López Sáenz corrobora la verdad que había en las palabras de ese amigo, recientemente fallecido. Sólo retornando a esos días de 1949, de 1950, en que Mazatlán era un puerto de altura que ni soñando tendría el destino turístico que hoy ha transformado su fisonomía, solamente así, decíamos, es posible explicar los ambientes y las situaciones que habitan los cuadros de este pintor nacido en 1936.

Desde la semana pasada la Galería Estela Shapiro ofrece una exposición en la que podemos admirar los trabajos más recientes de López Sáenz. Ahí están sus marineros perezosos, sus músicos de playa, sus mujeres paseando en el malecón, sus peloteros surrealistas en mitad de la calle y las ruidosas comilonas de jurel y camarón bajo la fresca techumbre de las palapas.

No hay arte valioso sin una dosis mínima de dolor. En el caso de López Sáenz (y no es ningún secreto) cuentan esos años de reclusión como novicio en el monasterio de Santa María de la Resurrección que dirigía el monje benedictino Gregorio Lemercier, muy cerca de Cuernavaca. Fue cuando inició el gusto por llenar cuadernillos con bocetos y ejercicios donde la geometría se entrecruzaba con la caligrafía.

Creía López Sáenz que sus torturas existenciales tendrían remedio en el rezo y toda esa liturgia de clausura, pero se en-

contró con el psicoanálisis (que ahí se comenzaba a practicar) y la experiencia le resultó maravillosamente reveladora. Vino entonces el distanciamiento de Lemercier con el Vaticano, y el joven novicio que había estudiado en la Academia de San Carlos renunció a la orden para ir, ahora sí, al reencuentro del arte.

La infancia de Antonio López Sáenz estuvo poblada, ciertamente, de barcos, estibadores, salitre y tardes refrescadas por la brisa del mar. Su padre era agente aduanal y lo obligaba a pasar las vacaciones en los patios y las bodegas del puerto —lo ha confesado en alguna entrevista—, de modo que el artista adolescente quedó impregnado de esa atmósfera que trasladaba, de tarde en tarde, a los cuadernos de su padre en la contabilidad aduanera. Ahí quedaron plasmados los retratos de cientos de marineros... hasta que su padre aceptó enviar al benjamín de la familia para que estudiara pintura en México.

El arte de López Sáenz destaca por su originalidad. Nunca renunció al figurativismo, y sus personajes (que se reconocen por su carácter "microcefálico" y por carecer de rostro) pueblan escenas donde la perspectiva busca homenajear, ante todo, al cuerpo humano. De ahí su carácter sensual. No por nada, al contemplar sus lienzos, es lógico vincularlo con el arte del valenciano Joaquín Sorolla, o al del abigarrado Paul Gauguin en su exilio polinésico. Aunque las barcas de López Sáenz no están incendiadas de sol mediterráneo, ni sus mujeres ofrecen la desnudez inocente de Tahití, algo del esplendor impresionista queda en sus cuadros, donde cohabitan vendedores de fruta, pasajeros del *ferry*, parejas que se abrazan a la sombra de un flamboyán.

La vinculación más certera del arte de López Sáenz, sin embargo, es con Marc Chagall y la magia campirana que hallamos en sus cuadros remontando hacia su natal Vítebsk. Así como el judío nos regala felices vacas aéreas, gallinas enamoradas y aquellos novios de ternura infinita volando bajo la luna de Bielorrusia, así Antonio López Sáenz nos ha legado candorosas escenas mazatlecas: bañistas en la playa de Olas Altas, remeros que posan para el fotógrafo, músicos desvelados cargando los instrumentos, estibadores que laboran bajo el sol a plomo, mujeres que espe-

ran en la cama al amparo de la brisa nocturna. Sólo faltaría un pargo zarandeado, una cerveza sudando escarcha y la canción de Gabriel Ruiz en la rocola: "Mazatlán, ¡ay!, mi Mazatlán, perlita divina que supo darme mi amor soñado".

Septiembre de 2001.

Margaux, niña bonita

Mi muy estimada Margaux:

Espero que esta carta no llegue demasiado tarde. Durante varias semanas dudé si enviar o no estas líneas llenas de admiración y algo más. Sí, pero ¿qué más?

Me he enterado que estás, otra vez, deprimida. Que estás pensando ingresar de nueva cuenta en el centro Betty Ford para “rehabilitarte”. ¿Deben ser, pues, “rehabilitados” los alcohólicos que como tú viven asqueados de las miserias cotidianas, del hambre de poder que rutinariamente asuela nuestros días?

Tú bien sabes que nunca ha sido mi fuerte el trato con niñas bonitas. Las niñas bonitas, qué pena decirlo, no sirven para nada; para nada que no sea la vanidad naufragando en la superficie de un espejo. Las mejores vidas siempre son las que surgen de eso que los psicólogos llaman, o llamaban, “formación reactiva”. Una nariz excesiva o unos pechos un tanto mustios.

Pero tu caso, Margaux, es por demás complicado. ¿Te recuerdas aún brincoteando en las rodillas del abuelo cuando te hacía “caballito” a su regreso de la Quinta Vigía, en La Habana? Ser nieta del autor de *El viejo y el mar* no debe resultar, por lo demás, como esos panecillos con miel que te derrotan cada vez que visitas la pastelería. Ser nieta de Hemingway debe implicar muchas incomodidades, pero también el orgullo de habitar como casa propia, de algún modo, obras como *Por quién doblan las campanas* y *Adiós a las armas*.

“¿Es usted la nieta del Papá Hemingway?”, “¿Y usted no escribirá, como él, algún día?”, “Dígame la verdad, ¿por qué se

dio aquel tiro su abuelo?" Preguntas insolentes que te habrán acompañado durante buena parte de la vida.

Te decía, al inicio de la misiva, que nunca he sabido qué hacer con las niñas bonitas. Bueno, tú entiendes, no qué hacer dado el caso... sino qué hacer con ellas cuando te exigen todo sólo porque sí y con su linda cara como argumento único. A las niñas bonitas se les obsequian golosinas y diamantes, y ése es precisamente el problema. Tu sonrisa, sin embargo (¿ya te lo había dicho?), denota esa proverbial inteligencia de los Hemingway... inteligencia taciturna, desde luego. Una inteligencia que no sirve para las horas de soledad.

Me imagino tu hora difícil en estos días. La belleza, después de los 40, inicia su verdadero desafío, y cuando se es algo en la vida, algo más que una "niña bonita", las cosas son menos duras. Así tú ahora, en el departamento que rentaste en Malibú, empezarás a cosechar esos "aires de intelectualidad" que los críticos de Hollywood asociaron siempre a tus desempeños histriónicos.

¿Sigues lamentando tu condición de no-madre? ¿Sigues prefiriendo el vodka al *bourbon* a punto de la medianoche? ¿Sigues esperando el "gran papel" que los productores fílmicos se han negado, un tanto asustados, a otorgarte?

Leí tu reciente entrevista. Aquella frase donde revelabas: "Finalmente he aprendido que el secreto de la vida es dejarse guiar por el corazón". No hay de otra, mi admirada Margaux, a pesar de tus papeles (un tanto discutibles según la crítica), en las películas donde tú y yo establecimos esa relación estrecha que hasta hoy me atrevo a confesar: *Lipstick*, *Killer Fish* y *Deadly Rivals*.

Hay que llevar la vida con garbo, que es el nombre elegante de la dignidad. A pesar de la diabetes y la bulimia que te hacen, a ratos, tan difíciles las noches. ¿De dónde esa hambre indómita, esa necesidad de devorarlo todo y beber como si la vida fuese un capítulo más de *París era una fiesta*?

Debes haber odiado, a ratos, al abuelo Ernesto. Claro, sin él posiblemente no habrías llegado a donde estás y ser una de

las modelos más apetecidas (la sangre llama, Margaux, no le hagas demasiado caso a mis palabras) por los modistos de los años ochenta. Dicen que una maldición persigue a los tuyos, que aquellas tres muertes por propia mano, la del bisabuelo, la del abuelo Ernesto y la de tu padre Jack, te destinarían días aciagos y un buitre insomne despertándote en mitad de la madrugada.

Nadie con tu belleza, con tu inteligencia, con tu gracia a pesar de los demasiados vodkas, merece las miserias del desamor. La soledad es menos con un amigo en quien confiar. A la hora en que recibas esta carta, descorre la persiana de tu departamento y mira de frente al sol californiano que se oculta más allá de Malibú. Piensa que alguien, aunque lejos de ahí, comparte tu circunstancial tristeza.

La detonación de la escopeta en Ketchum, Idaho, hace precisamente 35 años, marcó de nueva cuenta a la familia Hemingway. Recuerda, por lo pronto, y en espera de tu respuesta, el apotegma del abuelo Ernesto: "Un hombre puede ser destruido, pero no derrotado". En estos días sin dignidad, es bueno repetirlo.

Julio de 1996.

Masina, ¡ciao, Julieta!

Dos veces abierta fue tu Roma, en aquel año de 1943. De la mano de Federico, desde la ventana de su departamento, estrenaban ustedes la sonrisa de un matrimonio que muy pronto fue de todos cuando los yanquis y los partisanos expulsaban definitivamente a los nazis de la ciudad y muy pronto, como la filmaría Rosellini, sería por fin libre... "Roma, città aperta".

Dime que no es cierto, Julieta: mejor la miseria, el poco pan y los escasos espaguetis de una sociedad y un arte entregados, entonces, a la reconstrucción fiel de un país en búsqueda de su redención.

Porque eso fue el neorrealismo italiano, Julieta, y quiéraslo o no tu participación en *Paisa*, de Alberto Lattuada, y en *La strada*, de tu inseparable Federico, nos abrieron una rendija para mirar la vida de otro modo. A pesar del dolor, la culpa y la nostalgia, era posible reconstruir la patria. No te lo debería decir, pero con *Ladrón de bicicletas*, Julieta, esa obra cumbre del cine que tanto amaste, hemos llorado muchos en esta ciudad que nunca conociste.

Tú como locutora de aquel programa radiofónico, tú que siempre amaste la literatura pero coqueteaste con el arte dramático hasta caer atrapada en sus redes, te decía, ahí conociste a ese guionista locuaz y medio fanfarrón al que nunca podrías, ay, Julieta, regalarle un hijo vivo. Porque eso era Federico entonces: un periodista demasiado inquieto, demasiado inconforme, demasiado habitante de otro mundo al que tú, por artes del amor o yo qué sé, decidiste mudarte.

Todavía te recuerdo el año pasado en Hollywood, cuando Federico sostenía la estatuilla dorada que la academia cinematográfica decidió entregarle como reconocimiento por su obra toda (*El sheik, Ocho y medio, La dulce vida, Amarcord, Los payasos, La nave va...*) y tú ahí, entre el público, regañada por el nervioso Fellini que te reclamaba en su inglés champurrado: "*But please, Giulietta, do not cry...!*"

Ya en 1988 Marcelo, ese gran amigo de la familia... ese necesario interlocutor que todo matrimonio sano necesita, le decía a tu amado marido: "Federico, ¿te das cuenta que en el próximo decenio seremos ya unos viejos, y posiblemente muramos?" Y el otro, tan disparatado y práctico, le contestaba: "Pues sí, sí, y qué. Ya entonces habrá de suceder", porque así era Federico, entre otras cosas.

Desde tu existencia en *Las noches de Cabiria*, y después en *Julieta de los espíritus*, la verdad fuiste una de mis mujeres. Permíteme, déjame explicarte: desde tu aparición como esa triste mujercita soñadora, vapuleada por los señorones engañadores, los de aires conquistadores, te quise más. No quiero decir otra cosa más que eso: mirándote tan frágil, tan asustada por los fantasmas, tan niña que no quiere despertar... entendía, comencé a comprender eso maravilloso y admirable que hay en el alma de las mujeres buenas, como tú.

Ausente ya Federico desde octubre pasado, habrás pensado: "¿qué sentido tiene la vida?" Y en esas lides, la verdad, Julieta, no sabría yo qué responder. "*Ciao, ciao amore*", refieren las reseñas periodísticas que musitaste en el atrio de la iglesia de Santa María de los Ángeles, en Roma, al mirar el féretro de Federico rumbo al panteón.

Prefiero recordarte ahora en ese trance de vals y tango bajo las candilejas, tú como la pareja y entre los brazos del más que maduro Marcelo Mastroianni, en ese *show* de veteranos que cuenta Federico en *Ginger y Fred*. Sí, bailando, con una sonrisa a flor de labios, siempre, te recordaremos, ahora que te vas hacia la niebla, donde Federico mira pasar los trasatlánticos, las motocicletas y

los esperpentos que nos dejaron como inquilinos de este mundo tan rapaz y triste sin ustedes.

¿Reconoces la música? Es una fanfarria que te compuso Nino Rotta, a sugerencia de Federico, porque ahora la fiesta comienza allá con ustedes, y aquí nosotros sin podernos recuperar de la triste noticia.

Pero no me hagas mucho caso, Julieta Masina. Mejor te decimos *ciao*, y llévate un beso admirado entre las manos.

Marzo de 1994.

El estilo de David Martín del Campo es el de la curiosidad satisfecha con una prosa intachable, culta y juguetona. No es un humorista y, sin embargo, como Jorge Ibarguengoitia, se atreve a mostrar sentido del humor en todos y cada uno de sus textos, en un país donde lo intelectual es sinónimo de solemnidad. Una vez le preguntaron: “¿Por qué escribes?”, y él respondió: “Porque ha sido el modo menos complicado de acercarme a la felicidad”. Esta felicidad está presente en *El azul de Van Gogh*. Lo está de un modo carnavalesco, bajtiniano, donde la celebración de la vida convertida en sonrisa es señal de crítica, inteligencia y rebeldía.

“Cosas de la vida”, “Por sus obras”, “Pasaporte en mano”, “Pompa y circunstancia” y “Hermosa provincia mexicana” son los capítulos en los que David Martín del Campo entrega una selección de 100 ensayos previamente publicados en la sección cultural del diario *Reforma*, dentro de la columna “Entre paréntesis”.

El vochito, el *brassiere*, la bandera nacional, la inefable X, las *barbies*, los ositos de peluche y los perros callejeros; lo mismo que sus semblanzas de Juan de la Cabada (“narrador de una obra desbalagada”), Lady Di (“la hemos matado nosotros, todos nosotros”), Rufino Tamayo (y “su discreto coraje”), Ringo Star (“¿no será que nos estamos haciendo viejos todos?”), Mario Moya Palencia (entre el escritor y el presidenciable), y la crónica de sus viajes mundiales y por México son el pretexto para el diálogo, para establecer conexiones, para reflexionar acerca de lo que fuimos o no fuimos. De lo que somos.

¿Qué somos? Referencias literarias, cinematográficas, musicales. En una palabra, cultura. A final de cuentas, los textos de *El azul de Van Gogh* son trivia disfrazada, goce por las minucias del lenguaje, por la conversación entre amigos, por la admiración al genio; son lecturas e idas al cine, tardes perdidas escuchando discos, la nostalgia de un rayo de sol de la infancia; son el respeto a los que han sido nuestros maestros, el amor por el detalle y el asombro ante la vida.

ISBN: 978-607-455-648-3



9 786074 556483



CONACULTA

